Ayuntamiento de Madrid

ROMANZA

del 3.er acto

EN LA OPERA **ATTILA** DE VERDI

con acompañamiento

de

PIANO FORTE.

Pr 3. rs.

Andantino.

CANTO.

con dolore.

Chenonavrebbeil mi_ _sero

PIANO.

p

per O_dabel_la of_fer_ _to? fi_no,dehciel per_do_ nami,finl'immor-

tal finl'immortaltuo ser_to. per_ché perchénelvisoai per_fidi dif-

Ayuntamiento de Madrid

con enfasi.

fon_di diffondi il tuo se_ren?... per_ché fai pa_ri agl' an - ge_li

con 8ª

chi si malva_gio ha il se - - no? per ché fai pa_ri agl' an - ge_li chi si mal_

stentate. morendo.

va_gio mal vagio hail sen per ché fai pariagl'an_geli chi si mal_va_gio ha il

sen perchéfaipariagl'an_geli chi si malvagiohailsenchisimalvagiohail sen?

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

REVISTA DE PARIS.

Paris, la capital del mundo civilizado, el inmenso bazar á que concurren comerciantes de todas las naciones de Europa, va despertando del letargo en que ha permanecido durante el ardoroso estio. Hace poco no se veian en sus calles mas que provincianos que venian á disfrutar del polvo de la corte, empero ahora las diligencias y los caminos de hierro conducen á ella casi todas las notabilidades de la Francia. Los poetas vuelven cargados de manuscritos, bellas inspiraciones del campo; los diputados de la oposicion abandonando la escopeta y la casaquilla de caza, se preparan á hacer á los ministros una guerra tan encarnizada y sangrienta como á los conejos y gamos que han perseguido; y las bellas enfermas de Bade-Baden ó Bichy, pero que bailaban por la noche polkas y mazurkas, guardan los vaporosos trages de organdí, barege, y gasas, para vestir el terciopelo y el satin.

Pero en lo que está fija la atencion general, lo que es objeto de todas las conversaciones, es el casamiento de la reina Isabel y de la infanta su hermana, porque ademas de ser un grande acontecimiento político, puede contribuir á fijar este año el imperio de la moda. En efecto, en quince dias ha sido preciso hacer trabajo para el que no hubieran bastado dos meses, si el genio inventor de Mad. Camille, agraciada con el título de modista de la reina de España, no hubiese creado tantas elegantes y suntuosas novedades. Imposible nos es describir los trages, que no hemos podido admirar mas que un instante, porque á medida que están hechos se remiten á las augustas personas á que están destinados; pero sí diremos que los veinte primeros, los unos bordados, los otros guarnecidos de ricos encages, de botones de perlas, y de flecos de oro y plata, son de un alto precio y grandeza. Por eso las señoras del gran mundo se apresurarán á imitarlos en cuanto sea posible.

Gozan de mucha aceptacion los tafetanes de color algo oscuro, violeta Byron, azul de Francia, ó verde Rusia, teniendo algunos de ellos una disposicion en los adornos muy nueva y elegante, tales como sobre un fondo azul de Francia un bordado negro figurando tres órdenes de encages y el cuerpo y las mangas por el mismo estilo, ó violeta con el dibujo del mismo color. La hechura de las mangas suele ser, justas por la parte superior del brazo, y un poco largas por abajo, con un puño ajustado, aunque esta hechura que tan bien sentaba en las telas de verano, pierde mucho de su gracia en las de invierno; hasta ahora las mangas lisas, sean de codo ó plegadas en la sangria, predominan sobre todas.

Los sombreros de señora no han variado mas que de colores; citaremos algunos en obsequio de nuestras amables lectoras.—El de crespon maiz con una pluma cáctus y marabouts.—La capota, color Isabel, guarnecida de terciopelo rosa.—La capota de crespon dalhia, cubierta con un velo Alençon sostenido por dos ramos de dalhias á los dos lados del casquete.

Una grande innovacion ha habido en cuanto á pendientes y alfileres. La joven duquesa de Luzques ha sido la primera en comprender que el verdadero camafeo sobre piedras finas, es mucho mas digno de estima que el diamante, porque este es una maravilla de la naturaleza, y aquel lo es del arte.

En el teatro Vaudeville se ha representado la *Nueva Eloisa*, comedia recibida con estraordinarios aplausos: verdad es que el autor, Delaporte, ha sabido sostener dignamente los caracteres trazados por la pluma de Rousseau.

UNA AVENTURA.

(Conclusion.)

«Dolorosos recuerdos necesito evocar para satisfacer á V., me contestó, pero lo haré porque es deuda de mi gratitud. ¿Puedo olvidar acaso la hospitalaria acogida que en la intimidad de su estimable familia encontré yo, pobre estrangero sin fortuna ni posicion social? Puedo olvidar sobre todo, la bondad con que V. me animaba á soportar un tiempo de prueba en el pais, la cariñosa solicitud con que me provocaba á hablarle del mio y de mis afecciones en él? ¡Ah señora! V. es sumamente buena y debo contarle todo; óigame V. Mi navegacion hasta Amburgo, fué feliz. Como desde alli debia por deseo de mi padre trasladarme á su lado sin tardanza, emprendí en seguida mi marcha al lugar de mi nacimiento. No me es posible, señora, espresar el cúmulo de sensaciones que esperimenté tran

Ayuntamiento de Madrid

sitando de nuevo por aquellos sitios, testigos de mis correrias de niño, de mis paseos y meditaciones de adolescente, confidentes discretos de los dulces suspiros de mi primero, de mi único amor, de ese amor que perfecciona nuestro ser, que embriaga el alma y santifica los sentidos, verdadera emanacion de la divinidad, que el hombre no puede sentir sino al entrar en la vida, cuando en ella solo comprende lo bello y lo sublime. Mas tarde, ¿qué es el amor, señora? Pero perdone V., iba quizás á abusar de su paciencia con mis digresiones, y es efecto de haber sentido mucho en silencio. Hasta ahora, á nadie he hablado de lo que únicamente á mì interesa, y al tocar este depósito sagrado, se precipita á mis lábios la espresion de cuanto he sentido y pensado en cerca de ocho años.»

Apresuréme á asegurar al pobre M.*** que lejos de fatigarme su discurso, le oia con vivísimo interés, y exigí continuase hablándome, sin imponerse ninguna restriccion, prevenido de que en ningun dráma desdeño el pensamiento por la accion. Como por otra parte él empezó á hablar desde luego en francés, no habia riesgo de que nos entendiesen el mayoral, el zagal ni mi asturiana. Asegurado, pues Mr. M.*** y satisfecho al parecer con mis palabras, sin hacerse de rogar continuó de esta suerte.

«Cuando solo faltaba una legua para concluir la última jornada, pedí bajar del coche, dije al conductor iria à encontrarle y tomé una senda que guiaba á la derecha del camino real; eché por ella á todo correr sin reparar siquiera en que el terreno, cubierto de malezas, estaba casi intransitable, y no me detuve hasta encontrar el seto enano, que formado de cañas y cubierto de enredadera silvestre, servia para marcar los límites de una pequeña posesion: contempléle por algunos instantes, como se contempla un amigo vuelto á hallar despues de larga ausencia, y en seguida le atravesé de un solo salto, con la facilidad que habia adquirido haciendo lo mismo diariamente durante mas de tres años, en cuyo tiempo, ni una sola tarde dejé de encontrarme en aquel puesto para saludar al paso á una niña que dando el brazo á su anciana madre, comenzaba por aquella parte, y en órden infalible, su paseo vespertino. Esa niña llegó á ser mujer. ¡Qué mucho que á ser mudable llegase! Perdone V. aun otra vez señora! Esa muger aparentó conceder su amor á mi constancia, y cuando fué preciso separarnos, me juró llorando que no me olvidaria. Yo volvia á buscarla, á pedirla cuenta de su juramento, y no la encontré. Corrí como un loco toda la casa, que estaba desierta, salí de ella despavorido, atravesé el jardin, tambien abandonado y en completo desórden, y fuí á parar al sitio donde debia encontrar un cenador formado con las ramas de un solo árbol, en cuyo tronco dejé grabadas varias inscripciones alusivas á mi amor y á mis esperanzas. De todo aquello solo quedaba el pie del tronco, cortado casi en su raiz, y sobre él cai, perdido el conocimiento.»

Antes hubiera yo visto caer al zagal, que por mala ventura de mi curiosidad y acaso de la tuya, hermana mia, vino en aquel punto á interrumpirnos, despues de haber detenido el carruaje, ofreciendo su ayuda á Mr. M.*** para bajar de su puesto, mientras se mudaba tiro.

No tardaron en venir á preguntarme si deseaba alguna cosa, pues en honor de la verdad y á despecho de la moda establecida muchos años há de deprimir á España y á todo lo que es español, poniéndonos siempre ejemplos que seguir, no se diga únicamente en la culta Francia ó en la altiva Inglaterra, sino en cualquiera comarca donde sea de pocos entendida nuestra sonora y rica lengua castellana, tengo motivos para decir, que no andarian desacertados nuestros vecinos traspirináicos en hacer adoptar á sus conductores la afabilidad de nuestros mayorales y sus dependientes, asi como tampoco creo de mas protestar por via de precaucion, y por si acaso este párrafo llegase á dar á alguno en los hocicos (pues de menos segun dicen nos hizo Dios), y este alguno creyéndose personalmente aludido en este lugar, se dispone con mucho brio á controdecirme á mí, pobre escritor vergonzante, que mal de mi grado me veo en estas alturas, que no gusto de polémicas, y respondo desde ahora para entonces, que cada cual habla de la feria como le vá en ella, y acaso habré viajado en España con fortuna, que á fé no hiciera mucho la desaconsejada en mostrarseme alguna vez propicia. El hecho es que en ninguna ocasion de las varias en que he viajado por España en dilijencia, he dejado de observar á los conductores, solícitos en obsequio de los conducidos; y volvamos á mi cuento. Aunque nunca me ha sucedido yendo de viaje, bajar ni antojárseme cosa alguna antes de concluir la jornada, esta vez me aguijoneaba de tal

Ayuntamiento de Madrid

suerte el deseo de saber el fin de aquella aventura y el temor de quedarme sin conseguirlo, que indiqué al zagal dejase abierta la portezuela, solo el tiempo necesario para informarme de lo que Mr. M.** pensaba hacer de su persona. El mismo vino á sacarme de este cuidado, diciéndome pensaba seguir como antes hasta el sitio de.., donde quedándome yo y algun otro pasajero, tendria á su disposicion asientos mas cómodos entre que escojer. Bien se me ocurrió que solo de mí dependia el que fuese desde luego menos mal, puesto que me sobraba un asiento que poder ofrecerle; pero no lo hice, sin que yo misma sepa esplicarme por qué: no obstante, y á fin de demostrarle no se habian del todo estinguido mis tendencias hospitalarias, le hice aceptar un cojin para mejorar la condicion de su interino puesto. Mostróse en estremo reconocido á mi atencion, y con su habitual complacencia á mi primera insinuacion volvió á tomar el hilo de su historia. Recobré al fin el uso de mis sentidos; mas no podré decir a V., señora, despues de cuánto tiempo, ni si me creí despierto ó soñando, cnando reconoci que me hallaba en mi propio cuarto, en la misma casa de mi padre y en la misma cama que me habia servido en tiempos mas felices. Hice un esfuerzo para incorporarme, y antes de lograrlo, me vi entre los brazos de mi padre, que estrechando mi cabeza contra su pecho, esclamaba. «Vive, hijo mio, vive para recibir las caricias de tu padre y pagar los cuidados de tu madre política, que no ha querido dejarme solo á tu lado. Miré en derredor, deseando aun en aquellos momentos con instinto de aversion conocer á la que ocupaba el puesto de mi madre, y entonces descubrí por entre las cortinas de mi cama una mujer, oculto el rostro entre sus manos, que se apoyaba en el respaldo de un sillon. No sé que me pareció advertir en aquella figura qne me impelió á arrojarme de un salto sobre ella, y agarrando entre mis manos su cabeza, la levanté violentaménte, con el desafuero de un loco; por manera que antes que ella hubiera dado un solo grito, ya habia yo comprendido que Brenta, que mi amada... era la mujer de mi padre... Oh, señora, nunca sepa V. lo que es perder en un momento la fé, la ilusion de toda una juventud, la esperanza de una existencia entera!»

Profirió Mr. M.*** estas palabras con tal acento, con tanta conmocion, que no me avergoncé de acompañar con mis lágrimas las que él sin duda vertió en el largo rato que permaneció despues en silencio, volviéndome la espalda, con los brazos cruzados é inclinada la cabeza hácia su pecho. Yo no me atrevi á dirigirle la palabra, porque á ningun dolor le niego mi respeto, y él fué el primero en volver á hablarme, diciendo:

«Disimule V. mi flaqueza; pronto se cumplirán ocho años pasados desde aquel horrible instante, y esta es la primera que le mencionan mis labios: quizá por eso se reproducen con tal viveza en mí sus efectos, que como entonces siento destrozarse el pecho y ardiendo la cabeza; mas no se asuste V, puedo concluir. En aquel punto creí que mi razon se habia estraviado: y ahora conozco sin embargo, que nunca he obrado con mas cordura: es asombroso, cuando solo seguia ciegos impulsos! «Al que se habitúa á proceder noblemente, le interrumpí yo, nunca le dirijen sus impulsos á cometer ruindades.» —«Creo tiene V. mucha razon, señora filósofa, me contestó, y vá V. á saber lo que hice. Antes que mi padre pudiese recobrarse de su sorpresa, habia yo abierto una ventana que daba al mismo camino, del cual he dicho á V. me separé por entrar en la senda del laberinto en que perdido me veia. La ventana no tenia reja y distaba solo dos varas del suelo; de tal suerte ofrecia no dificil salida á un desesperado como yo. Púseme de un brinco sobre el borde de la pared, cortada para formar el hueco de la ventana: de pie y sosteniéndome con una de sus persianas, grité vuelto hácia mi padre: no me siga V. ni tome ningun informe acerca de mi persona: bástele saber que no podremos volver á vernos, sin esponerme yo á cometer un crímen espantoso y á merecer la maldicion de Dios y la de V. Dando despues otro salto en direccion inversa del anterior, me encontré luego en tierra y respirando el aire libre, á beneficio del cual sentí aligerarse el peso que oprimia mi frente. Mi estado no se diferenciaba del de un hombre al salir de una horrible pesadilla; cuanto acababa de pasarme bullia en mi mente con un tropel de confusas ideas, y solo con mucho trabajo logré tomar una resolucion. Dirijime al parador, donde contaba hallar aun mi equipaje. Asi fué en efecto, pretesté cualquiera cosa para volver por donde habia venido, y antes de mucho tiempo me ví de nuevo en Hamburgo. Desde entonces recorro el viejo mundo sin objeto determinado. En ninguna parte me detengo,

Ayuntamiento de Madrid

no solicito niguna simpatía, y en fin creo que me he vuelto malo desde que me han obligado á detestar á las mujeres. Perdóneme V. señora; es tan triste vivir como yo vivo! «Reconcíliese V. con las mujeres, le dije yo, y probablemente el mal que hizo una será reparado por otra. Créame V., á las mujeres se las calumnia sin piedad, y V. mismo está dando una prueba de la poca equidad que se guarda entre ella y el hombre. Si este con menos vanidad y egoismo se juzgase, antes de elegir esposa, andaria mas acertado en acto tan importante, la sociedad entre el marido y la mujer, fundada en las bases precisas para garantizar el sosiego y la dicha de los contrayentes, daria mejores resultados que en el dia, que se calcula una boda como una jugada de bolsa. Su padre de V. al buscar una compañera que hiciese mas soportables los lúgubres dias de su ancianidad, debió haber pensado en una mujer que al pasar las noches á la cabecera de su lecho, velando sus catarros y sus reumas, no sintiese latir en su pecho un corazon de 18 ó 20 años, impelido por los instintos que recibe de la naturaleza. ¡Quién sabe cuáles fueron las circunstancias que obligaron á esa pobre Bren... Pero, perdone V., digo yo ahora, son tan sagrados los intereses que se ligan en este asunto, que no me atrevo á tocarlo. Hablo de la mujer en general, y digo que nunca convendré en que nazca dotada de las malas propensiones que se le atribuyen. Creo por el contrario que en su organizacion moral prevalece la pureza, como en la física la morvidez en las formas. Cuando luego la vemos liviana é inconstante, traidora ó implacable, es porque el espíritu de la sociedad, presidida do quiera por el hombre, ha corrompido, ha pervertido en la mujer la hechura del Criador supremo. —«Quizás ahora tambien, ahora tiene V. razon, señora filósofa, dijo Mr. M.** y me pesa de que llegue tan pronto el momento de separarnos, porque declaro de buena fé que me alegraria poder confesarme vencido en esta lucha.» Tocábamos en efecto al término de mi corto viaje, cuando la luna al desaparecer tras el pico mas alto de la montaña que ceñia al horizonte por la parte occidental, pareció inclinarse humilde ante el naciente dia, que tiñendo de púrpura el oriente, se regalaba ya con el canto de los ruiseñores, habitantes del bosque vecino.

A las cinco llegamos á.. y entre el movimiento de los pasajeros que seguian ó se quedaban, desperté á mi hija, me despedí de Mr. M.** por mi parte con sincera cordialidad, subí á mi posada, y pensando en tí, querida Lola, me puse á escribir esta aventura.

J. ZARRAGA.

A UNA FLOR.

I.

Hermosa flor, que en aromoso prado.
Alzaste entre las otras tu corola,
Y dejaste el ambiente embalsamado
Con tu esencia de nardo y de viola:

Flor delicada y pura,
Encanto de mi pecho,
¿Quién cruel ha deshecho
Tu plácida hermosura?

Brillaste un dia en la pradera amena
Nutriéndote la aurora con su llanto,
Y de sus blancas perlas te ví llena
Mostrándote mas bella que el acanto:

Los céfiros te daban
Sus besos seductores,
Y con blandos favores
Tus gracias halagaban.

Manso el arroyo con murmullo lento
Tu verde, altivo tallo humedecia,
Y el insectillo de placer sediento
Apuraba tu cáliz de ambrosía:

Y la aurora sonrosada
Que te miraba de lejos,
Con sus cándidos reflejos
Supo hacerte purpurada.

II.

Llenos de gloria tus primeros dias,
Viera mi pecho con placer pasar,
Y entre risas y dulces alegrias
Tu belleza selvática brillar:

El iris tus colores envidiaba,
Tus aromas las *otras* del pensil;
Tu belleza preciosa ambicionaba
La mariposa plácida y sutil.

Ayuntamiento de Madrid

El Sírio respetaba tu frescura,
Y pasaba su aliento abrasador
Sin ofender tu cándida hermosura
Ni tu brillo gracioso y seductor.
Los vendabales, notos y aquilones
Que imperando en la frígida estacion
Privan al valle de sus bellos dones
Y llevan el espanto á su region,
Ligeros como el humo y horrorosos
Cerca tu tallo los miré tambien,
Hollando los jacintos orgullosos
Y respetando tu dorada sien.
Todo fué gloria para tí, inocente
Hasta el hombre tu brillo respetó,
Pero el hado terrible ¡ay! è inclemente
Para siempre tus gracias abatió.

III.

Horrible y atroz tormenta
En noche fiera y fatal
Tras de nube amarillenta
Mostró su fuerza infernal.
En sus alas se veian
Los genios de la maldad,
Que á los del bien combatian
Por la cruda tempestad.
Mil sombras negras y oscuras
De los rayos á la luz
Se divisaban impuras
Envueltas en su capuz.
Una lluvia procelosa
Descendió para abatir
La floresta deliciosa
Que empezaba ya á lucir:
Y su furia maldeciente
Te robó la esencia, flor,
Y te privó cruelmente
De tu gracia y tu color.
A su insana violencia
Tu blancura de jazmin,
Que era emblema de inocencia
En el valle y su confin.
Huyó cual sueño, y volaron
Tus encantos y placer,
Y tan solo te dejaron
El amargo padecer.
Tus bellas hojas marchitas
Perdieron su brillantez
Y á tus gracias esquisitas
Las cubrió la palidez.
Deshojada, macilenta,
Hecha imágen de pesar.
Con la vista se acrecienta
Mi amargura y mi penar.
Eres ¡ay! tan desgraciada
Como infelice soy yo,
Por el noto destrozada
Que mi vida desgarró.
Fuiste *flor* de mi esperanza
Que lozana ví crecer,
Y que en tiempo de bonanza
Te adoraba cual mujer.
Pereciste! tu perfume
Se perdió y tu juventud:
Asi el dolor me consume
Sin tu alivio y tu virtud.

AMALIA FENOLLOSA.

Ha llegado á esta corte la señorita doña Amparo Lopez del Baño, de cuyo brillante ingenio y aficion á la poesía hemos visto lindas muestras. Interin recibimos algunas espresamente hechas para nuestro periódico, no podemos resistir á la tentacion de copiar las siguientes quintillas, entresacadas de la composicion *A una palmera*, inserta en EL GLOBO del año próximo pasado.

¿Por qué arrogante palmera
Ayer galana y erguida,
Doblas mustia tu cimera,
Y el viento arrastra perdida
Tu flotante cabellera?
¿Por qué pliegas tu ramaje,
Reina altiva de otra zona,
Y amarillo tu ropaje,
Deslucida tu corona
Pierdes tu esplendor salvaje
. . . . . .
. . . . . .
¿Envidias á tus hermanas,
Nacidas en el Oriente,
Esplendidas y lozanas?
¿Envidias su sol ardiente
Y sus playas musulmanas?

Ayuntamiento de Madrid

¿Quisieras sombra prestar
Al desterrado agareno,
Y su frente contemplar,
Dónde se ven aun brillar
Las huellas del Nazareno?
¿Qué te falta en este suelo,
Rico de luz y de flores?
¿No es transparente su cielo?
¿No brinda el céfiro amores
Al murmurar en su vuelo?
¿No es su sol tan refulgente,
Tan puro, tan despejado,
Como el que brilla en Oriente?
No hay un desierto abrasado,
Mas sí abundosa corriente.

—

¿No te miras, di, palmera,
En ese Betis tranquilo,
Y esa márgen hechicera
No es mejor que la ribera
Del Jordán y la del Nilo?
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
Olvida la zona ardiente,
Sin flores, sin alegria,
Que á tí te brinda riente,
Prado, aromas, tersa fuente,
La encantada Andalucia.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
Recobra ya tu frescura,
Recóbrala, que tal vez
Podré calmar mi tristura
Admirando tu hermosura,
Tu verdor y brillantez
Vuelve, arrogante palmera,
A tu perdido esplendor;
Vuelve á agitar tu cimera,
Que yo te daré mi amor,
Y aromas mil la pradera.
. . . . . .

A R....

—

Pura y hermosa muger,
De mi cielo rica estrella,
Una mirada ¡oh placer!
Una lágrima ¡cuan bella!
Pueda mi *á Dios* merecer:
Que parto triste, señora,
Como la flor en estio;
Y al dejarte, dueño mio,
El alma tu amor implora
En su loco desvario.
Lejos de tí, la amargura,
En horrible soledad,
Hará mi suerte bien dura,
Que solo encuentro ventura
Mirándote, mi deidad.
Para mí las gayas flores
Pierden su aroma fragante,
La cascada sus primores,
El sol hermoso, radiante,
Sus rayos abrasadores;
Cuando giro en rededor
Una mirada ¡oh dolor!
Y no responde amorosa
Tu sonrisa deliciosa
A mis suspiros de amor.
En mi mente retratada
Tu figura idolatrada
Arcangel será de vida,
Que en mi ausencia malhadada
Me cubrirá con su egida.
A Dios! á Dios, mi delirio:
¿Te deberé un pensamiento
Que llevado por el viento
Mitigue el crudo martirio
Que lejos de tí yo siento?

José Ramon de Calera.

EL DRAGON DE LA GUARDIA.

—

Dejarzet, nuestro héroe, concurria á la casa de Mr. Dormeuil en los buenos tiempos de las reuniones chismográficas. La de Mr. Dormeuil era de las mas frecuentadas por *desocupados*, que unas

Ayuntamiento de Madrid

veces se entretenian en contar *cuentos* y otras en *murmurar*.

Cierta noche, en que nuestro célebre Dejarzet, el Nestor de los cuentistas de lugar, *hacia el gasto* en esta reunion de chismosos,

—Hablábais, mi querida Virginia, dijo dirigiéndose á una de las concurrentas, de un lance que frustró vuestra entrada en el teatro? pues aguardad: os voy á contar una aventura semejante, en que tuve parte, y que pertenece á época diferente de la vuestra.

Acuérdome que en este célebre lance tuve la culpa de que la *coreográfica* señora de mis pensamientos fuese *el hazme-reir* de la mas numerosa y escogida concurrencia.

Llegado á París la noche misma de la primera representacion de un baile en el que mi amada hacia el papel de *Amor*, corro al teatro de la ópera, sin mas retardo que el preciso para limpiarme el polvo de las botas y mudar de uniforme. Entonces pertenecia yo á los dragones de la Guardia.

Llego anhelante al coliseo, precipítome en el vestuario y llamo al cuarto de mi Serafina.

—Madama está en escena y hace falta... me respondió la camarista. Aguardad el fin del acto.

—Aguardar al fin del acto, apenas empezado, para abrazar á Serafina! Imposible! esclamé. Donde está tu ama? Dí, pronto!

—En los *frisos*.

—¿Dónde? repliqué con impaciencia.

—Arriba, señor, en la region de las bambalinas, dijo tímidamente la interlocutora, con aire que denotaba el miedo de verme ir á perturbar á *Amor*.

—Bien, y por donde subo?

Todo el coliseo me conoce, y es para mi de algun respeto.

—Entonces que quereis aqui?...

No pudiendo pasar por otro punto me dejé colocar en un aparato de madera, pendiente de gruesas cuerdas, y eleváronme hasta el sétimo cielo... ¡Qué dulce emocion sentí, cuando me hallé elevado al paraiso!...

—Serafina! W...! te veo!

Y nos precipitamos en los brazos el uno del otro.

—¡Qué sorpresa! esclamó, y vienes por mucho tiempo?

—Para siempre.

—Ah! querido amigo! cual...

Apenas mi pobre amiga habia empezado esta esclamacion, cuando el maquinista, enteramente distraido con su ocupacion, hizo sonar su agudo silvato, y con la rapidez del rayo, Serafina y yo, el Amor y el dragon de la Guardia, descendimos al escenario, ambos envueltos en la mas espléndida nube de que he podido conservar recuerdo en la memoria. Imposible es esplicar el aturdimiento que me causó esta aparicion mas que mitológica; Marte y Venus, sorprendidos maliciosamente en la ratonera de Vulcano, no pudieron quedar mas avergonzados que nosotros... El desenlace de esta aventura me costó dos meses de arresto; respecto á Serafina, perdió aquella noche y para siempre la confianza de la administracion, renunció al amor... (al de las alas de carton dorado, se entiende) y como el acontecimiento se divulgára demasiado, abandonó muy luego la escena.

Ahora bien. ¿Qué decis á esto, mi querida Virginia? ¿Contariais una aventura por este estilo?... Pero, esto era en los buenos tiempos!...

TEATROS.

Circo.

El domigo último se cantó por la primera noche en la presente temporada la ópera *Ana la Prie* del maestro Battista, recibida en la anterior con aplauso. Como entonces, los señores Ferlotti y Tamberlik han desempeñado las respectivas partes de tenor y bajo, sustituyendo la señora Bertolotti á la Gruitz. La egecucion no pasó de mediana; se esmeraron sin embargo el señor Tamberlik en la preciosa aria del primer acto y en el duo con la tiple, del mismo. Como siempre, el público escuchó con verdadero entusiasmo el lindísimo andante del sesteto final del segundo acto, exigiendo su repeticion. En honor de la verdad diremos tambien que en esta pieza, la capital sin duda de la particion, se esmeraron todos y particularmente la señora Bertolotti y el señor Tamberlik; la primera cantó con afinacion y sentimiento la entrada del andante como asimismo el rondó final del último acto.

Los coros nos parecieron menos afinados que en las representaciones de la otra temporada. La con-

Ayuntamiento de Madrid

currencia, á pesar de la circunstancia de ser noche de iluminacion, y de asistir SS. MM. y AA. á la funcion regia de la Cruz, fue bastante numerosa, siendo de esperar que la empresa no se arrepentirá de haber puesto de nuevo en escena *Ana la Prie.*

VARIEDADES.

El viernes último se puso en escena por primera vez el drama nuevo en cinco actos, en verso, original de D. Antonio Barroso, titulado: *El honor de un castellano y el deber de una muger.* No anduvo desgraciado el señor Barroso al confeccionar el plan de su obra ni tampoco al desarrollarlo, porque á un argumento interesante reune caracteres marcados y siempre sostenidos, presentando situaciones que afectando al espectador le hacen desear con ansia que el castellano, sin comprometer su honra, y la muger, sin faltar al deber de hija sumisa, vean coronado el constante y fogoso amor que arde en sus pechos. La versificacion en lo general es bastante buena, teniendo algunos trozos escelentes. Los actores se esmeraron en la egecucion, en particula señora Rizo, que reuniendo á su mucha aplicacion sus maneras naturalmente finas, con dignidad supo presentarse en todas las situaciones como hija del duque de Haro, sobresaliendo tambien en este drama los señores Alva y Areu.

MUSEO.

Se ha puesto en escena en este teatro, por la primera vez tambien, una comedia en tres actos y en verso, titulada: *El motin contra Esquilache,* con que ha debutado á lo que parece, en la carrera dramática, el joven poeta D. Ceferino Suarez Bravo.

El argumento, como el mismo título lo indica, es histórico y está tomado de la célebre asonada que secretas aunque no del todo desconocidas instigaciones, y dando por motivo ó causa ostensible el alto precio á que llegaron á venderse los comestibles, turbó por algunos dias la tranquilidad de la corte del buen rey Cárlos III. Como el reducido espacio de que podemos disponer para esta seccion no nos permite detenernos á hacer de esta produccion un exámen tan minucioso como desearíamos y merece, nos limitaremos á decir que el autor no ha sacado del suceso político de que se ha apoderado todo el partido que hubiera podido, y que si bien casi ninguno de los personajes es ideal, los ha desfigurado en su caracter, no solo sin necesidad sino que tambien con desventaja. Esta es á nuestro pobre juicio la parte menos favorable bajo que puede considerarse la comedia: en cambio la versificacion es mas que mediana; el diálogo bastante vivo y á veces ingenioso, y algunas de las escenas de mucho interés dramático y de efecto. El *motin contra Esquilache* pertenece á las comedias de corte ó alta sociedad que ha puesto en boga de algunos años á esta parte la fecunda imaginacion del Sr. Rubí, y por las cuales parece muestra el público marcada predileccion.

Creemos inútil añadir que á pesar de la escasa cooperacion que prestaron á la comedia las personas encargadas de su desempeño, el éxito fue tan brillante como podia desear el joven poeta, que habiendo inaugurado su dificil carrera con un triunfo, debe justamente linsongearse con obtenerlos mayores cuando el incesante estudio y los años le enseñen á evitar aquellos pequeños defectos que no es dado conocer en un solo dia y desde los primeros pasos.

El lunes último, segun estaba anunciado, asistieron SS. MM. y AA. á la funcion régia del teatro de la Cruz. La circunstancia de entrar en este momento en prensa, nos obliga sin embargo á pasar de ligero asi sobre el brillante espectáculo que ofrecia el interior del coliseo en dicha noche, como sobre la egecucion del drama que se puso en escesa por eleccion de S. M., y que recayó en *Los Amantes de Teruel*, del Sr. Hartzenbusch.

En la noche de hoy martes los augustos esposos honrarán con igual distincion el teatro del Príncipe, en donde debe ponerse en escena la célebre comedia de Moreto *El desden con el desden*, en que tomarán parte la señora Matilde Diez, Romea y Guzman; de esta manera los ilustres príncipes franceses podrán juzgar acerca del estado presente de la declamacion en nuestro pais, y del mérito de nuestro antiguo teatro.

Ayuntamiento de Madrid